

Dos presencias de la palma real en la arquitectura camagüeyana

The Royal Palm Double Presence in Camagüey's Architecture

Dr. C. Ing. Gaspar BARRETO ARGILAGOS

Profesor Titular. Profesor Consultante. Centro de Estudios de Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado (CECONS), Facultad de Construcciones, Universidad de Camagüey Ignacio Agramonte Loynaz, Cuba

e-mail: gaspar.barreto@reduc.edu.cu

RESUMEN

La palma real es el árbol nacional de Cuba; aparece en dos monumentos de la arquitectura camagüeyana: la quinta Simoni y el parque Agramonte. Se analiza su simbolismo —que procede de las luchas por la independencia en el siglo xix— por el valioso mensaje que transmiten a generaciones actuales y futuras.

Palabras clave: patrimonio cultural, palma real, simbolismo

ABSTRACT

The royal palm, Cuba's national tree, can be seen in two historical monuments from Camagüey's architecture: Quinta Amalia Simoni and Parque Ignacio Agramonte. Its symbolism —rooted in the wars of independence of the later half of the 19th century— is studied due to its noteworthy message for present and future generations.

Key Words: cultural heritage, royal palm, symbolism

INTRODUCCIÓN

La palma real, reina de nuestros campos, entró en el simbolismo histórico cubano del brazo de un poeta mayor cuando José María Heredia, abrumado ante la inmensidad del Niágara, centró en ella el recuerdo de los añorados paisajes patrios. La belleza esbelta, alta, de clásica sencillez y altiva prestancia de la *Roystonea regia*, se ha paseado por innumerables representaciones artísticas de Cuba, hasta obtener el lugar relevante que hoy tiene en uno de los cuarteles del escudo nacional.

También ha reclamado y obtenido su lugar como árbol nacional cubano. El presente trabajo destaca su presencia en dos obras arquitectónicas que constituyen tesoros del patrimonio cultural camagüeyano.

DESARROLLO

1848: Palmas en la Quinta Simoni

Un visitante que venga desde el puente de San Lázaro se encuentra con la puerta que aparece en la Fig. 1. Es uno de los accesos a la casa quinta de la familia Simoni Argilagos; forma parte de un portal techado que se proyecta al frente del inmueble (Barreto y Ulloa, 2006). Esta casa — en la calle General Gómez, frente a la Plaza de La Habana— es considerada el mejor exponente del neoclásico en la primera mitad del siglo XIX pricipense.



Fig.1 Puerta de Occidente

Fuente: Archivo fotográfico del autor

Pueden verse palmas que aparecen en las metopas laterales, sostenidas por columnas dóricas por encima del arco de medio punto que, a su vez, se apoya en columnas toscanas.

Al inspeccionar el perímetro de la terraza, se comprueba que estas palmas no se repiten en los otros arcos, lo cual pudiera esperarse si se tratara de un elemento meramente decorativo. Debajo de las metopas, a ambos lados y por encima del arco, se ven dos triángulos. Ambos muestran manos que empuñan plumas en el ademán de escribir sobre la superficie geométrica mencionada, y las letras iniciales de Amalia y Matilde Simoni Argilagos, las dos hijas del propietario del inmueble. La Fig. 2 muestra el espacio dedicado a Amalia.



Fig. 2. Iniciales de Amalia

Fuente: Archivo fotográfico del autor

Esto resulta revelador, ya que José Ramón Simoni Ricardo era masón, y los masones consultados al respecto coinciden en afirmar dos cuestiones muy importantes: la primera, que no se trata de un símbolo que se pueda observar en los muros de logias cubanas, o extranjeras; y la segunda, que para ellos una mano que escribe sobre un triángulo es fácilmente asociable con el momento solemne en que se redacta un testamento masónico. Incluso piensan que

la rama que se aprecia sobre las letras pudiera ser de acacia y aludir a la inmortalidad.

El Dr. Simoni Ricardo, quien mandó a grabar esos símbolos, era un criollo de amplia cultura, nacido en Puerto Príncipe el 17 de enero de 1817. Hijo de un inmigrante italiano, Luciano Simoni Franceschi, y de una pricipense, Mercedes Ricardo Guerra Montejo, se había graduado como médico en La Sorbona de

París (Cento, 2004). Era hombre de ideas muy progresistas que a lo largo de su vida publicó sobre temas tan diversos como la apicultura, la cría del gusano de la seda y la medicina; y dio a sus hijos esmerada educación. Tanto Amalia como Matilde llegaron a expresarse en italiano, francés e inglés y a poseer una cultura muy superior a la de las mujeres de su época, incluso a la de la gran mayoría de los hombres. Amalia cultivó su voz de soprano y se desarrolló como pianista, al extremo de que pudo, con clases de canto y de piano, al igual que con interpretaciones como cantante lírica, criar en el exilio a sus hijos (Méndez y Pino, 2009). No puede esperarse que un hombre así decore el frente de su casa con elementos frívolos. Más bien resulta lógico que, como legítimo heredero del Siglo de las Luces, haya expuesto allí sus ideas a la manera de la institución masónica de la que era miembro, velándolas con alegorías y expresándolas con símbolos; asequibles para unos, ocultas para otros, pero al alcance de todos.

Puerto Príncipe era la tercera de las ciudades cubanas y una de las más prósperas, a la vez que el segundo foco cultural, gracias, entre otras causas, a que desde 1800 fue sede de la Real Audiencia. Distante de los grandes centros del poder colonial español situados en La Habana y Santiago de Cuba, ostentaba centenaria tradición de tener, al igual que Bayamo, una constante comunicación con ideas muy diferentes a las de la metrópoli a través de sus costas, como corolario del llamado comercio de rescate, contrabando en que participaba masivamente su población. Así, estas villas tuvieron más amplio conocimiento acerca del proceso independentista en el resto de la América. Las autoridades españolas consideraban a Puerto Príncipe como muy activo núcleo de rebeldía, y para el capitán general Concha, era el más peligroso de todos (Cento, 2003).

El Dr. Simoni se había casado el 31 de agosto de 1841 (Parroquia de Santa Ana) con María del Pilar Manuela Argilagos Ginferrer —a quien llamaban Manuelita—, hermosa criolla que cantaba acompañándose con su guitarra. Ya habían nacido sus tres hijos: Amalia, Matilde y José Ramón, y el padre, cariñoso, sabio y próspero, quería para ellos un ambiente más saludable que el de la vieja y húmeda casonas que ocupaban en Contaduría # 52 (Méndez y Pino, 2009).

El lugar que escogió era perfecto. Rodeado por el Tíñima, —entonces un rumoroso arroyo de aguas purísimas—, a menos de medio kilómetro de la iglesia de Santa Ana y de las casas de la calle de San Ildefonso¹, frente al paseo de O'Donell² y a corta distancia del Camino Real a Sancti Spíritus. Se

¹ Este era el nombre que tenía, en esos momentos, la actual calle Bembeta, apodo por el que era conocido el general de brigada Bernabé de Varona.

² Así se denominaba la actual calle General Gómez, desde la iglesia de Santa Ana hasta el puente de San Lázaro.

podía disfrutar del campo con las ventajas de la proximidad inmediata a la ciudad. La hermosa casa quinta, de dos plantas, rodeada de jardines y con escalinatas para disfrutar de baños en el arroyo, fue diseñada con gusto, sin limitaciones de presupuesto, para el disfrute de la familia, y con detalles como un excepcional sistema de drenaje subterráneo, que muestran con certeza la competencia del constructor. Todo, hasta las metopas, obedece por tanto a las decisiones de un joven y culto profesional, formado en una de las mejores universidades de Europa, que realizó una amplia inversión para establecer allí a su familia e incluso su despacho, al cual reservó el segundo piso.

Se enriquece la información al detenernos en otra de las puertas de la terraza, que se abre hacia la ciudad (Fig. 3), a través de la cual la claridad penetra por la puerta señalada al inicio. Aquí, con ayuda de una brújula, se comprueba algo muy interesante: un eje trazado a través de estas dos puertas tiene una orientación general Este-Oeste, que puede relacionarse con el aparente recorrido diurno del Sol en el cielo.



Fig. 3 Puerta de Oriente

Fuente: Archivo fotográfico del autor

Esta puerta también se encuentra entre columnas toscanas, que tienen a sus lados columnas dóricas, las cuales a su vez sostienen un friso con siete

metopas. En este caso, las metopas laterales muestran botones de rosa, y la central tiene una representación del disco solar, lo que corrobora la sospecha de que el trayecto entre ambas puertas simboliza lo que poéticamente ha sido llamado el "camino de la luz".

Desde tiempos remotos la salida del Sol se ha relacionado con el triunfo de la luz sobre las tinieblas, lo que en los siglos XVIII y XIX tomó la forma de la victoria de la razón sobre la ignorancia.

Para los egipcios la palma —que desarrollaba una nueva hoja cada mes lunar—, era emblema consagrado a la diosa Isis. La relacionaban con algo tan importante para ellos como el tiempo —recuérdese que anualmente debían predecir el momento de las crecidas del Nilo—. También, tal vez por igual razón, se le relacionaba con la fertilidad.

Los judíos, desde épocas bíblicas, empleaban pencas de palmeras para recibir con honores especiales a personas importantes, y uno de los evangelistas, Juan, menciona su uso para dar la bienvenida a Jesús, como rey de los judíos, en Jerusalén. En el mundo cristiano se conmemora el Domingo de Ramos, y existe la tradición del guano bendito. Las palmeras y sus hojas tienen simbolismo de bienvenida, de júbilo, de esperanza, pero también de solemnidad y sacrificio.

Todavía en la actualidad suelen usarse arcos y otros adornos hechos con pencas de palmas, o de arecas, para mostrar júbilo y bienvenida, incluso a la entrada de tramos de calles adornadas para fiestas de carnaval.

Las rosas han tenido múltiples significados. La rosa de Damasco, que muestra manchas rojas sobre un fondo blanco, guarda, dice el mito, las gotas de sangre de Afrodita herida por las espinas, al correr en busca de Adonis, uno de sus amantes. Los griegos se coronaban con rosas para no embriagarse cuando concurrían a un banquete. En ese sentido indicaban uno de los ideales de Delfos: nada en exceso.

Más tarde los romanos colgaron un ramo de rosas sobre la puerta de algunos locales para indicar, a quienes pasaran por ella, que debían ser reservados y no divulgar lo que vieran y escucharan allí. Simbolizaba discreción, respeto por la confianza recibida (Barreto y Ulloa, 2006).

El camino de acceso a la quinta partía del Paseo de O'Donnell para bordear la vivienda por el oeste. La cochera y las caballerizas quedaban al fondo de la casa. El visitante debe de haberse bajado del coche o del caballo en este camino, frente a la puerta que se abre hacia el puente de San Lázaro (la llamaremos "puerta de occidente"), y avanzaría hacia el Este, es decir, hacia donde nace el Sol. Las palmas, arriba, a ambos lados, le recibirían. El espacio entre ambas puertas, esto que hemos denominado camino de la luz, es un rectángulo cuyo piso original fue de mosaicos blancos y negros, según los estudios de una de las museólogas del lugar.

Por la forma del local, su orientación, las columnas de sus extremos, el piso y la condición de masón de su propietario, este portal puede haber servido para las sesiones de una Logia. La tradición masónica camagüeyana habla de que la quinta de Simoni fue uno de los lugares donde se reunió la legendaria Logia Tíxima 16, fundada años más tarde, en diciembre de 1866 o inicios de 1867. Tal vez otras utilizaron antes este local discreto, alejado de la villa y a la vez cercano a ella, con accesos fáciles de vigilar y la posibilidad de que, a pie o a caballo, los participantes en las tenidas pudieran perderse en la noche, atravesar el Tíxima y dispersarse. En este caso las palmeras les darían el primer mensaje de hospitalidad, como las rosas les recordarían sus compromisos de discreción. Para ellos, la mano escribe un testamento relacionado con Amalia, Matilde, Ramón y Manuelita, cuyas iniciales se leen a la entrada y a la salida del camino. Todos los símbolos les dan la bienvenida, entre palmas, y los despiden, entre rosas.

Las metopas de occidente, al centro, muestran al perro, el amigo fiel, modesto, agradecido, que defiende día y noche el hogar. A sus lados, la paloma, símbolo de femenina inocencia, dulzura y amor, mensajera de buenas nuevas, y el gallo, elegante y viril, que anuncia con su canto el paso de las tinieblas de la noche a la luz del amanecer, y sabe luchar hasta la muerte. Luego la vaca, que entrega a la humanidad todo: carne, leche, piel, y del otro lado un trípode,

emblema de la unidad de la trinidad entre cristianos, y desde milenios antes del surgimiento del cristianismo.

En la puerta que se abre hacia el oriente, al centro preside el Sol, emblema de la luz de la razón, del triunfo sobre las tinieblas de la superstición y la ignorancia. A sus lados la luna, reina de la noche, marca ciclos inexorables con sus fases, y un rosetón de seis pétalos como expresión del equilibrio entre esencia y sustancia. A ambos lados símbolos menos claros, tal vez una balanza y la cabra Amaltea; emblema de justicia la primera y de generosidad y abundancia la segunda.

En su conjunto son valores que se muestran a quienes recorran este sendero, y que deben reinar en este lugar como voluntad, en vida y en muerte, de quien lo redacta. Es un legado a su familia, y a sus hermanos masones. Es la ética que debe presidir las acciones de quienes pasen por esas puertas. Y al igual que esas puertas no se abrirán para todos, tampoco todos tendrán acceso a ese mensaje.

Entonces, como ahora, resulta sospechosa esa búsqueda de la verdad con ayuda de la razón, para todo el que esté convencido de que posee la verdad. Tampoco han faltado, ni faltarán, los que consideren herética la hermandad entre personas con diferentes ideas políticas y religiosas, así como la lucha contra la ignorancia y la superstición. Por eso no convenía que los símbolos hablaran demasiado claramente; pero debían estar allí, en esa mezcla de secreto y franqueza que se llama discreción.

1853: Palmas en la Plaza de Armas

Puerto Príncipe sufría. Sus hijas habían cortado sus cabelleras en señal de luto. Las familias habían cerrado puertas y ventanas, o se habían marchado de la villa hacia sus fincas. Vicente de la Rosa, el gran músico negro, había compuesto *La sombra de Agüero*, bellísima partitura en homenaje al que ya en 1843 había libertado a sus esclavos por lo que llamó un deber de conciencia. Un muro infranqueable deslindaba los campos de quienes mantenían el coloniaje español y quienes lo detestaban. Jamás serían olvidados Joaquín de Agüero, Tomás Betancourt, Fernando de Zayas y Miguel Benavides.

Cierto que eran muchos más los que habían caído en aquellos días cuando, al decir de Martí, los camagüeyanos se fueron al campo a morir, con los Agüero. Hubo combate en Las Tunas y después en la finca San Carlos. ¿Por qué nadie recuerda los nombres de Antonio María Agüero Duque-Estrada, Juan Francisco de Torres, Mariano Benavides y Francisco Perdomo Batista? (Cento, 2003). Algo había en ellos que arrastró a Victoriano Malledo y lo sacó de los bosques y las cuevas donde vivía apalencado, algo que lo hizo mezclar su sangre africana con la de cuatro patricios blancos muy diferentes en ideas y acciones a los que le habían esclavizado. Tampoco es recordado este mártir negro. Fueron integrantes de la primera tropa totalmente cubana que enfrentó en campo abierto, en San Carlos, a los españoles, mientras hacían ondear la que

hoy es nuestra bandera. Ellos debieran ser también recordados y llorados. Pero al menos cayeron con las armas en la mano, mientras que, desde el principio, se percibió lo siniestro y horrendo del crimen cometido contra los otros cuatro, aquellos que fueron fusilados por la espalda en la sabana de Méndez el 12 de agosto de 1851.

De alguna manera había que rendirles homenaje. Sabemos los nombres de cuatro principeños que cubrieron con el manto de un secreto protector al que parece ser el más antiguo de los monumentos mambises, y es, por lo menos, el más ingenioso y cubano.

En 1853 el alcalde, José A. Miranda y Boza, con el apoyo de Pedro Recio, José Manuel Velazco y Sánchez y José Agramonte Porro, decidieron que cuatro palmas, en las cuatro esquinas de la Plaza de Armas (fig. 4), rendirían homenaje a los mártires en las propias narices de sus asesinos.

Podemos imaginar los astutos tratos del alcalde con el arquitecto Pablo Iglesias. Había que convencerlo de que la plaza necesitaba elementos que le dieran belleza y sombra, estirar y aflojar hasta llegar a la conveniencia de que fueran palmas. Hubo que enfatizar la dificultad de traerlas ya crecidas, hasta que Miranda transigiera, haciéndose de rogar, en hacerlas traer desde San José de Tílima, su cercana finca bañada por ese afluente del Hatibonico. Luego, acudieron a una joya de encubrimiento: convencieron a dos que nada sabían del simbolismo de aquellas palmas para que se comprometieran a darles sus cuidados hasta que enraizaran firmemente. Uno de ellos, Miguel Xiques, se encargó de una sin tener la menor idea de que representaba a Miguel Benavides; otro, el español Feliciano Vilató, fue responsabilizado con la que, desde entonces, rinde homenaje a Tomás Betancourt.³



Fig. 4 Las cuatro palmas de la Plaza de Armas
Fuente: Archivo fotográfico del autor

Criollos conspiradores se hicieron cargo de las dedicadas a Joaquín de Agüero (Fig. 5) y Fernando de Zayas. Y allí permanecen desde entonces, erguidas, criollas hasta la última de sus fibras en sus naturalezas y significados.

³ La palma que se ve más próxima, al centro, es la dedicada a Joaquín de Agüero; atrás, a la izquierda, la que recuerda a Tomás Betancourt; al centro, a lo lejos, la que simboliza a Miguel Benavides y a la derecha la que rinde homenaje a Fernando de Zayas (Fig. 4).



La bella reina de nuestra flora daba así un paso inmenso hacia el lugar que hoy ocupa, como árbol nacional y símbolo de cubanía.

Fig. 5 Tarja conmemorativa

Fuente: Archivo fotográfico del autor

CONCLUSIONES

Existen dos monumentos arquitectónicos de elevado valor patrimonial en Camagüey, la Quinta Simoni y el Parque Agramonte, que permiten seguir las huellas que llevaron a la palma real a convertirse en árbol nacional de Cuba.

Las Cuatro Palmas del Parque Agramonte parece ser el más antiguo de los monumentos que nuestro pueblo ha dedicado a sus libertadores, y resalta por su originalidad y cubanía.

Ambos monumentos permiten apreciar el empleo simbólico de la palma real como emblema de cubanía entre 1848 y 1853, por parte de patriotas cubanos, lo cual incrementa el valor del mensaje que transmiten a generaciones actuales y futuras.

REFERENCIAS

Barreto, G. y Ulloa, Beatriz. (2006). *La casa de los símbolos*. Camagüey: Ácana.

Cento Gómez, Elda. (2004). Documentos. *Cuadernos de historia principañá*, (4), 163-170.

Cento Gómez, Elda. (2003). *El camino de la independencia. Joaquín de Agüero y el alzamiento de San Francisco de Jucaral*. Camagüey: Ácana.

Méndez, R. y Pino, Ana M. (2009). *Amalia Simoni, una vida oculta*. La Habana: Ciencias Sociales.

Parroquia de Santa Ana. *Matrimonios* (Libro 3, p. 60v). Puerto Príncipe: [s.n].